

La creciente rivalidad entre Estados Unidos y China: La dimensión tecnoindustrial

AARON L. FRIEDBERG

Universidad de Princeton



LAS RAÍCES DE LA RIVALIDAD

ADIFERENCIA DE LO QUE SUELE DECIRSE, LA rivalidad actual entre Estados Unidos y China no es solo consecuencia de malas interpretaciones o errores de política fácilmente corregibles, ni se origina en las personalidades y preferencias de líderes específicos. La tendencia en las relaciones, que se tornó cada vez más evidente en las últimas décadas, no se debe únicamente (ni principalmente) a Xi Jinping o a Donald Trump y Joe Biden: tiene raíces más profundas. Comenzó antes del surgimiento de esos líderes, y es poco probable que se revierta, al menos en el corto plazo, incluso si cambia el gobierno de un país o de ambos.

En el nivel más profundo, la rivalidad entre Estados Unidos y China tiene dos orígenes. En primer lugar, la antigua dinámica de la política del poder. A lo largo de la historia, las situaciones en las que se acota la brecha en términos de riqueza y poder entre un Estado predominante y un posible retador que crece rápidamente redundaron en instancias de tensión, rivalidad y, en casi todos los casos, guerra. Es lo que ocurrió con Esparta y Atenas en la antigua Grecia y, más cerca en el tiempo, en el caso de Gran Bretaña y la Alemania imperial a comienzos del siglo XX.

No es difícil entender por qué: un poder predominante quiere proteger sus privilegios y conservar el orden internacional que ayudó a crear y que refleja sus intereses y valores. Los Estados predominantes tienden a temer que una potencia en auge trate de desplazarlos. Esas potencias en auge, a su vez, suelen no estar

dispuestas a aceptar las estructuras institucionales, jerarquías de prestigio y límites territoriales que se definieron cuando eran relativamente débiles. Quieren tener también *su lugar bajo el sol* (como se decía de Alemania cerca del cambio de siglo), y temen que la potencia o las potencias predominantes busquen frustrar esos planes, o incluso que las destruyan antes de que tengan la oportunidad de alcanzar todo su potencial. Parte de lo que ocurrió entre Estados Unidos y China en las últimas décadas puede explicarse de esta manera.

Un segundo factor, cuya importancia a veces se subestima, es la ideología. La divergencia profunda, persistente y cada vez más obvia en términos de ideología y estructuras institucionales que existe entre China, por un lado, y Estados Unidos (y las demás democracias) por el otro, agrega un nivel de complejidad adicional a la relación. Los gobernantes actuales de China consideran que la continuidad del Partido Comunista en el poder es fundamental para el futuro de su país (y para el suyo propio) y están decididos a proteger esa continuidad a cualquier costo. Ven a Estados Unidos como una nación ideológica de cruzados que busca desplazarlos del poder, y nada de lo que sus pares estadounidenses digan o hagan puede convencerlos de cambiar de idea. Mientras tanto, los estadounidenses (y los ciudadanos de muchos otros países democráticos) se muestran reticentes a confiar en un régimen al que ven reprimiendo el disenso, prohibiendo la competencia política, regulando la práctica religiosa y negando los derechos humanos básicos de sus ciudadanos. No consideran que ese régimen sea totalmente legítimo, ya que no creen que se base en el consentimiento otorgado libremente por el pueblo. Además, tienden a ver los Estados en auge con regímenes antiliberales o no democráticos como un desafío (y hasta como una amenaza) para los principios liberales en los que se basan sus propios sistemas.

Es evidente que, a lo largo de los últimos treinta años, la brecha de poder entre Estados Unidos y China –la diferencia en términos de riqueza general, desarrollo tecnológico y capacidad militar– se ha reducido considerablemente. Al mismo tiempo, la brecha ideológica, o la conciencia respecto de esa brecha en Estados Unidos y el mundo democrático en términos más amplios, y la percepción de su importancia, crecieron significativamente. La confluencia de esos factores –la ampliación de la brecha ideológica y la reducción de la brecha de poder– ayuda a explicar la situación de desconfianza y rivalidad crecientes que vemos actualmente.

EL FRACASO DE LA INTERACCIÓN

No hace falta decir que ésta no es la situación que la mayoría de las personas del mundo democrático esperaban hace treinta años, tras el final de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética y su imperio. Ese resultado se tomó como una reivindicación de la estrategia de contención económica, política y militar que Estados Unidos y sus aliados comenzaron a implementar a fines de la década de 1940.

En 1993, el gobierno de Clinton anunció que, a partir de ese momento, Estados Unidos abandonaría su estrategia de contención y adoptaría una de **ampliación**, que implicaba promover el avance de la democracia y la economía de mercado en esos lugares donde todavía no estaban arraigadas. El principal instrumento de dicha estrategia era la política de **interacción**: la expansión de los vínculos políticos, culturales y, por sobre todas las cosas, *económicos* entre las democracias, por un lado, y los fragmentos del ex imperio soviético, junto con China, por el otro. A diferencia de la Unión Soviética, China ya había emprendido un proceso de reforma en la década de 1980, tras la muerte de Mao y el ascenso al poder de Deng Xiaoping, con sus objetivos de *reforma y apertura*.

La doctrina de interacción –en especial la interacción económica con China– recibió un apoyo generalizado en Estados Unidos y entre las democracias industriales avanzadas de Europa occidental y el noreste de Asia. Dicho apoyo fue el resultado de muchos factores, de los cuales dos fueron especialmente importantes. En primer lugar, las presiones de grupos de partes interesadas: la creciente influencia de diversos sectores y personas que se verían beneficiadas (o que esperaban verse beneficiadas) a partir de un aumento del comercio y la inversión en relación con China. Esos intereses se vieron respaldados por un conjunto de creencias liberales muy extendidas: que el comercio contribuye a la paz, que el crecimiento económico promueve la liberalización política y que, con el colapso de la Unión Soviética, al fin había llegado el momento en el que sería posible crear un orden internacional liberal verdaderamente global.

En relación con China, los defensores de la doctrina de interacción sostenían que tendría tres efectos positivos.

En primer lugar, la pacificación de la política exterior: incorporar a China al orden internacional vigente animaría al país a abandonar cualquier ambición revolucionaria que hubiesen podido albergar sus líderes alguna vez y a convertirse en una potencia satisfecha del *statu quo*, lo que el gobierno de George W. Bush denominaba una *parte interesada responsable* en el orden internacional vigente.

En segundo lugar, la liberalización económica. Muchos creían que el aumento del comercio y la inversión, así como la creciente exposición de China a las fuerzas de mercado internacionales y a las ideas y las prácticas de negocios capitalistas, reforzaría tendencias que, según se pensaba, ya estaban activas. Eso generaría en una retracción del Estado respecto de la planificación y la propiedad de los medios de producción, y en un rol más importante para la empresa privada y las fuerzas de mercado a la hora de determinar la asignación de recursos escasos.

En tercer lugar, una liberalización política que llegaría tarde o temprano. El crecimiento fomentaría la formación de una clase media, que tradicionalmente suele ponerse al frente de los procesos de reforma política con objetivos de democratización. La interacción económica, educativa y social promovería el avance de ideas liberales, lo que daría inicio en algún momento a un abandono gradual del modelo de partido único, a favor de algo más similar a una democracia abierta y con distintos partidos. Se sabía que la interacción ayudaría a China a ser un país más rico y poderoso. Sin embargo, se consideraba que, incluso en ese caso, representaría un menor nivel de riesgo, ya que también se habría democratizado, y las democracias, tradicionalmente, no pelean entre sí, sino que buscan formas pacíficas de resolver sus disputas.

Los últimos años dejaron en claro que nada de eso ocurrió. En lugar de relajarse políticamente, el régimen adoptó una actitud más estricta contra el pueblo chino, y podría decirse que, desde la Revolución Cultural de la década de 1960, nunca fue tan represivo. En lugar de abandonar las herramientas estatistas y las políticas comerciales e industriales que distorsionan el mercado, Beijing acentuó su uso. Por último, en vez de convertirse en una *parte interesada responsable*, a favor del *statu quo* internacional, China se convirtió en una potencia francamente revisionista. Sus líderes dejaron en claro que no aceptan (y que buscan cambiar) algunos aspectos importantes del orden internacional vigente, tanto en la región Indo-Pacífico como a escala mundial.

Si comparamos las expectativas con los resultados, parecería evidente que, independientemente de la definición que usemos, la política de interacción fracasó. ¿Por qué y cómo pasó esto?

La respuesta breve a la pregunta sobre por qué fracasó la estrategia estadounidense sería que, a lo largo de los últimos treinta años, los jerarcas del Partido Comunista de China (PCC) diseñaron y adaptaron una *contraestrategia* para derrotarla y promover sus propios objetivos. Estos objetivos tienen tres partes: primero y principal, mantener el monopolio del PCC sobre el poder político a nivel interno. Segundo, aprovechar las oportunidades que ofrece la interacción económica para desarrollar todos los elementos de su *poder nacional integral*. Y tercero, con el tiempo, comenzar a usar ese poder para tratar de reformar algunos aspectos clave del orden internacional posterior a la Guerra Fría. En términos prácticos, esto implica trabajar para recuperar lo que los líderes del PCC ven como el derecho de China a ser la potencia predominante en Eurasia oriental; extender la presencia y la influencia de China en otras partes del mundo; y tratar de consolidar a China como una potencia efectivamente global, a la par de Estados Unidos e incluso, en algún momento, superior a éste.

En relación con la política interna: desde el inicio de la era posterior a la Guerra Fría, los líderes de China vieron la doctrina de interacción como una posible trampa –una estratagema para suscitar la *evolución pacífica* del sistema– que, desde ya, habría redundado en su propia expulsión del poder. La élite del PCC nunca tuvo ninguna intención de permitir eso. Desde Deng a Xi, los líderes de China siempre estuvieron decididos a mantener la primacía incuestionable del Partido Comunista. A lo largo de los años, el Partido utilizó distintas combinaciones de represión, incentivos materiales y adoctrinamiento ideológico para garantizar su control exclusivo sobre todos los aspectos de la sociedad china.

Desde la década de 1980, los analistas occidentales mostraron cierta tendencia a creer que China emprendió un proceso inevitable e inexorable de transición a favor de un sistema económico liberal y basado en el mercado que, tarde o temprano, se parecería mucho al de las sociedades industriales avanzadas. Sin embargo, también en ese caso, los líderes del PCC tenían otras ideas desde el primer momento. Sabían que permitir que ese proceso se llevara a cabo en su totalidad socavaría su control sobre el poder político y generaría un entorno propicio para los intereses privados y los ciudadanos comunes. La gran revelación de Deng fue aceptar la utilidad de las fuerzas de mercado. Sin embargo, tanto para él como para sus sucesores, el mercado era una herramienta o, según palabras de un colega de Deng, un *pájaro en una jaula*. En varias oportunidades, estuvieron en condiciones de ampliar las dimensiones de la jaula a fin de permitir una mayor participación del mercado, pero nunca abandonaron la idea de que debe estar subordinado al Estado-partido y bajo su control. En otras palabras, nunca tuvieron la intención de permitir que el *pájaro* volara en libertad.

LA CARRERA DE REDUCCIÓN DE RIESGOS

Los líderes del PCC ya no son marxistas convencidos ni buscan instaurar un paraíso terrenal socialista, pero tampoco se han convertido en capitalistas que aceptan el mercado. En cambio, podrían describirse como *leninistas mercantilistas*. En su opinión, la actividad económica no tiene el propósito de mejorar el bienestar o generar riqueza como fin en sí mismo, sino incrementar su poder: el poder del Partido respecto del de los demás actores de la sociedad china, y el poder del Estado chino respecto del de todos los demás del sistema internacional, en especial Estados Unidos.

Por último, la estrategia geopolítica: en términos retrospectivos, la idea de que China solo buscaría convertirse en un miembro en situación regular de un sistema internacional liberal dirigido y dominado por Estados Unidos refleja cierto grado de falta de empatía estratégica. Desde la perspectiva de Beijing, ese orden era profundamente amenazante. Los principios en los que se basaba, en especial el concepto de derechos humanos y todo lo que de allí se desprende, eran opuestos a aquellos en los que se basaba el régimen del PCC. Y, desde la perspectiva del PCC, esos principios –que descartaban con sorna como *supuestos valores universales*– reflejaban y reforzaban el poder de unos Estados Unidos hegemónicos. Se esperaba que Estados Unidos, tras librarse de la Unión Soviética, dirigiera toda su atención a controlar y debilitar el último bastión del socialismo en China. Durante un tiempo, los líderes de China no tenían más opción que aparentar una aceptación del *statu quo*. Sin embargo, a medida que su percepción de su poder relativo cambió y se volvió más optimista, adoptaron una actitud más franca, más asertiva y más agresiva en su búsqueda de cambiar el orden vigente.

La acumulación de evidencia sobre cambios en cada uno de estos dominios generó una modificación de las actitudes y una reevaluación (seguida de un ajuste, por lo menos, parcial) de la estrategia respecto de China, no solo en Estados Unidos, sino también en otros países democráticos, tanto en Europa como en Asia. Este proceso está en marcha hace aproximadamente una década, con distintas velocidades en distintos dominios y diferentes países, y está lejos de completarse. Dedicaré el resto de este documento a los aspectos económicos del proceso.

Estados Unidos y, en mayor o menor medida, sus aliados industriales avanzados, por un lado, y China, por el otro lado, se encuentran actualmente involucrados en lo que podría describirse como una *carrera de reducción de riesgos*. Cada parte comenzó a ver a la otra no solo como socio comercial, sino como rival y potencial enemigo. Por ese motivo, cada parte procura alterar los términos de sus relaciones económicas de forma que apunten a reducir la propia vulnerabilidad ante intentos de la otra parte de ejercer presión o de dañar su prosperidad y seguridad a largo plazo, sin dejar de mantener (o adquirir) ventajas respecto de sus contrapartes. Es una lucha por el poder que se libra en los ámbitos del comercio, la inversión, los flujos de datos y el avance tecnológico. Es la dimensión económica de lo que la Unión Europea describió como una *rivalidad sistémica* política, militar e ideológica, entre China y las democracias liberales, que todo lo abarca.

Es un proceso muy complejo, dinámico e interactivo, que sigue en sus etapas iniciales. A riesgo de simplificar demasiado el tema, su desarrollo hasta el momento puede resumirse de la siguiente manera: desde el comienzo del proceso de reforma y apertura, los líderes chinos siempre vieron la política económica como un medio de potenciar el poder de la Nación y del Partido. Durante un tiempo (entre la década de 1980 y la década de 2000), las políticas comerciales e industriales de Beijing no eran una gran fuente de preocupación en Occidente: la economía de China seguía siendo relativamente pequeña, por lo que sus políticas, si bien se consideraba que eran injustas o

distorsionaban el mercado, no tenían un gran efecto. En muchos sentidos, el país seguía muy rezagado respecto de las democracias avanzadas. Se creía de forma generalizada que las políticas problemáticas de China respondían principalmente a ideas económicas incorrectas e instituciones anticuadas, y no a una fijación profunda y duradera con el poder y la seguridad.

Por esa razón, parecía razonable esperar que, con el tiempo, el PCC reconociera su ineficiencia y modificara sus prácticas pasadas. El ingreso de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y su aparente compromiso de hacer esos cambios reforzó esa expectativa. Además, se suponía en general que el régimen del PCC, tarde o temprano, atravesaría un cambio más fundamental, lo que eliminaría toda posibilidad de que pasara de ser solo un desafío comercial a ser una amenaza estratégica.

Cada uno de esos supuestos fue descartado a lo largo de la última década. China creció enormemente, y sus acciones ya tienen un efecto desproporcionado sobre las demás economías. Lejos de cambiar de curso, redobló la apuesta con sus políticas comerciales industriales centralmente dirigidas, que distorsionan el mercado. En términos de la política exterior general, en lugar de convertirse en un participante amistoso, se volvió más abiertamente hostil. Esos cambios modificaron la forma en que Estados Unidos y otros gobiernos occidentales ven a China y lo que piensan de sus políticas económicas. Si bien la reacción fue tardía, estos gobiernos comenzaron a responder, y esa respuesta generó una contrarreacción aún más intensa por parte de China.

Esta dinámica puede verse en distintas áreas.

Tecnología

Hace tiempo que China busca mejorar sus capacidades científicas y tecnológicas. Es un deseo lógico de cualquier nación en desarrollo. Sin embargo, sus líderes expresan más abiertamente que China no solo busca

promover sus propias capacidades, o incluso cerrar la brecha con Estados Unidos y otros países, sino también superarlos, y que los motivos detrás de ese objetivo son estratégicos y geopolíticos, y no meramente económicos. Los teóricos y los responsables de las políticas económicas en China consideran que el mundo atraviesa un período de cambio económico y tecnológico revolucionario. Sostienen que esos períodos ofrecen oportunidades para modificar el equilibrio de poder mundial, lo que permite que los Estados emergentes den un salto hacia delante y superen a los países predominantes *en la curva*, e indican unívocamente que su objetivo es precisamente ése.

Hasta cierto punto, lo que Beijing hace para alcanzar sus objetivos es una expansión e intensificación de lo que ya lleva algún tiempo haciendo: adquirir tecnología y propiedad intelectual extranjeras por cualquier medio. Esos medios incluyen el robo a gran escala de propiedad intelectual extranjera, avalado por el Estado; invertir en empresas extranjeras que desarrollan tecnología de avanzada (y, en lo posible, comprarlas); y lanzar un amplio espectro de lo que se denomina *programas de talentos* con el objetivo de llevar científicos e ingenieros a trabajar a China. El régimen del PCC también lanzó algunos programas nuevos, como la iniciativa de supuesta fusión militar-civil, diseñada para promover la transferencia entre sectores en China, en particular, desde el ámbito civil al militar. Un motivo detrás de esa iniciativa es la creencia de que, para las empresas comerciales de China, será más fácil asociarse con contrapartes extranjeras y adquirir tecnología de ellas.

Beijing también invierte sumas cada vez más significativas en programas de investigación y desarrollo dirigidos desde el Estado, en los que se movilizan recursos financieros a gran escala y las prioridades se definen en las jerarquías superiores. Sin embargo, esos métodos más conocidos se combinan con técnicas novedosas para tratar de replicar el potencial innovador de los sistemas basados en mercados genuinos promoviendo la competencia entre empresas y laboratorios. El gobierno prioriza especialmente

que los recursos permitan lograr avances en áreas como la inteligencia artificial y la informática cuántica, que se consideran esenciales para mejorar el rendimiento de las armas y otros sistemas militares chinos respecto de sus contrapartes occidentales, y también para mejorar su capacidad de controlar a la población del país.

Beijing, además, procura acceder a ventajas decisivas como pionero en distintas tecnologías, como los sistemas de comunicación 5G, los vehículos eléctricos y las baterías, que desde su perspectiva serán esenciales para las industrias del futuro y le permitirán crecer, desarrollarse y ampliar su influencia a lo largo del mundo más rápido que su competencia. En los últimos años, Xi Jinping revivió el objetivo maoísta de lograr una mayor *autosuficiencia* a fin de reducir la vulnerabilidad china ante los controles y *bloqueos* de exportaciones, sin dejar de mejorar su propia capacidad de usar esas mismas herramientas contra sus rivales en algún momento.

Estados Unidos no comenzó a responder a estos cambios sino en la etapa final del gobierno de Obama y durante el comienzo del gobierno de Trump. No obstante, esas iniciativas para mantener las ventajas estadounidenses (y de sus aliados) se ampliaron durante el gobierno de Biden y se mantendrán independientemente de quién resulte elegido Presidente en noviembre de 2024. Washington ya expresa con bastante franqueza que busca acelerar su propio progreso y, al mismo tiempo, controlar el de China, al menos en cuanto pueda decirse que China está explotando su acceso a tecnología estadounidense y occidental. A tal fin, en los últimos años, Estados Unidos tomó medidas como las siguientes: evaluaciones más estrictas de las propuestas de inversión directa china en empresas estadounidenses, mayor control de la exportación de algunos productos de alta tecnología, como los semiconductores de gama alta y el equipamiento para fabricarlos, y una supervisión más detallada de la cooperación científica y técnica con universidades y empresas chinas.

Además de estas medidas, mayormente defensivas, Washington lanzó una cooperación más estrecha en términos de investigación y desarrollo con sus principales aliados, y comenzó a filtrar algunas inversiones propuestas por estadounidenses en proyectos de desarrollo tecnológico de China. El Gobierno Federal, abandonando su tradicional reticencia a *elegir ganadores y perdedores*, comenzó a implementar políticas industriales dirigidas, lo que incluye el uso de subsidios, con el objetivo de promover la capacidad interna de desarrollar y fabricar productos como semiconductores de avanzada y dispositivos de almacenamiento de energía. No resulta sorprendente que Beijing haya denunciado gran parte de lo que se realiza en Estados Unidos como una iniciativa para frenar su propio desarrollo, y que haya tomado esas acciones como justificación para intensificar más aún sus propias iniciativas tendientes a alcanzar la *autosuficiencia*.

Manufacturas

Desde la década de 1990, el modelo de desarrollo económico de China se basa en la inversión y las exportaciones como principales motores del crecimiento. El Estado-partido extrajo recursos de la población y los utilizó para invertir en industrias básicas y capacidad manufacturera y subsidiar esos sectores. Esas inversiones habilitaron el desarrollo interno a través de la construcción de infraestructura y bienes raíces, y también son el origen de los bienes que convirtieron a China en el principal exportador de materiales industriales y productos manufacturados, y transformaron al país en el nuevo *taller del mundo*.

Estados Unidos y otros países industriales avanzados manifestaron su disconformidad periódicamente acerca del uso de subsidios por parte de China, su fomento de la sobrecapacidad y el impacto nocivo de las exportaciones (que ofrecen a un precio inferior al real) sobre las industrias manufactureras del resto del mundo, como se registró en los sectores de acero y paneles solares durante el primer *shock de China*. Los especialistas occidentales (y muchos especialis-

tas chinos) sostienen hace tiempo que China debe reequilibrar su economía, reducir su dependencia de las inversiones y las exportaciones e impulsar el consumo interno. La demanda a favor de esas medidas alcanzó un nuevo nivel de intensidad el año pasado, a medida que las iniciativas de Beijing para controlar la especulación inmobiliaria y la aparente reticencia de los consumidores chinos a ahorrar menos y gastar más tras la experiencia traumática de la pandemia de COVID comenzaban a atenuar el crecimiento. Sin embargo, en lugar de hacer lo que recomiendan los críticos, el régimen respondió redoblando la apuesta con una variante de su tradicional estrategia de enfatizar las inversiones y las exportaciones.

También en este caso, los motivos son principalmente políticos y estratégicos, y no meramente económicos. La transferencia de una proporción sustancial del ingreso nacional de China (un 10% o un 15% del PIB) desde la inversión hacia el consumo implicaría que los ciudadanos comunes ganaran poder a costa del Estado-partido. Los líderes de China también ven la capacidad manufacturera como un componente clave del poder nacional. Es claro que consideran que pasar de una economía que pondera desproporcionadamente las manufacturas a una que depende más de los servicios –algo que hicieron todas las demás naciones avanzadas– podría reducir la capacidad de China de sostener una acumulación militar sostenida o de expandir su capacidad productiva en el ámbito de la defensa ante un conflicto prolongado como el caso reciente de Rusia y Ucrania. Es evidente que, llevando recursos hacia las manufacturas e inundando los mercados internacionales con bienes intermedios y materiales con precio inferior al real, como semiconductores de gama baja y minerales críticos, Beijing aspira a dejar sin espacio a la competencia extranjera a fin de aumentar su control de lo que los estrategas del PCC denominan *puntos críticos* y de mejorar su capacidad de ejercer presión diplomática o, incluso, distorsionar las economías de posibles enemigos.

La conciencia respecto de estos riesgos aumentó considerablemente en los últimos cinco años, en parte gracias a la pandemia de COVID y la guerra en Ucrania, situaciones que revelaron el peligro que implica depender de países potencialmente hostiles para obtener materiales críticos. Estados Unidos y muchos de sus aliados lanzaron recientemente iniciativas tendientes a atenuar esos riesgos alejando de China las cadenas de suministro de algunos bienes. Como la escala del problema es tan grande, es un proceso que, en el mejor de los casos, será costoso y difícil y llevará tiempo. Un nuevo aluvión de bienes y materiales a bajo costo exacerbaría el problema, y podría debilitar fuentes de oferta alternativas y demorar (e incluso frenar) el proceso de *reducción de riesgos* antes de que comience realmente.

Más allá de su impacto sobre la seguridad de la cadena de suministro, un *segundo shock de China* también podría afectar a sectores emergentes (como los de vehículos eléctricos y de baterías) en Estados Unidos y otros países industriales avanzados, lo que podría perjudicar sus perspectivas de crecimiento a largo plazo (al tiempo que mejora las de China). Las inquietudes relacionadas con esta posibilidad llevaron a Estados Unidos y a muchos de sus socios democráticos clave a comenzar a imponer restricciones sobre las importaciones de distintos tipos de productos fabricados en China.

Los problemas que representan las políticas comerciales e industriales mercantilistas de Beijing no se limitan a los países del Norte industrial avanzado. El hecho de que China insista con mantener una posición predominante en sectores preexistentes (como el de acero y el de paneles solares), incluso a medida que trata de ponerse a la vanguardia en sectores de avanzada, podría socavar la capacidad de países menos desarrollados para industrializarse y desarrollarse. En respuesta, algunos de estos países comenzaron a imponer sus propias restricciones sobre las importaciones. Sin embargo, al menos hasta ahora, Beijing hizo oídos sordos de las inquietudes y quejas de los demás países.

CONSECUENCIAS GEOPOLÍTICAS

Es probable que esta situación tenga distintas consecuencias geopolíticas.

La forma en que se desarrolle la *carrera de reducción de riesgos* fomentará una mayor solidificación de los bloques económicos aún incipientes organizados en torno a líneas políticas e ideológicas. Según se describe en estudios del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, algunos sucesos recientes promovieron el crecimiento de los flujos de comercio e inversión entre Estados Unidos y las demás democracias avanzadas, al tiempo que reducían el índice de crecimiento de esos flujos entre China y Estados Unidos, y, en mayor o menor medida, entre China y algunas de las demás democracias avanzadas. Es poco probable que esas tendencias se reviertan. De hecho, se intensificarán a medida que se desarrolle la rivalidad entre Estados Unidos y China. El resultado no será una *desglobalización* total, sino una reestructuración de una parte significativa de la economía global en bloques parcialmente separados, con centros en Estados Unidos y China, respectivamente.

Las políticas que China trata de aplicar para sostener su propio crecimiento económico y fortalecer su posición estratégica a partir de un control más férreo de un espectro de bienes y materiales está llevando a un incremento de las fricciones relacionadas con el comercio y la inversión entre China y algunos de los países en desarrollo de lo que se denomina *Sur global*. Tal como ocurre en el caso de las naciones más avanzadas del *Norte*, la profundización de los lazos económicos con China ya no se ve como algo absolutamente positivo: ya se advierte que implica costos significativos, además de beneficios. La mayoría de estos países preferiría no sumarse a un bloque *occidental* centrado en Estados Unidos. Sin embargo, si pueden evitarlo, tampoco optarían por alinearse totalmente con un bloque *oriental* centrado en China.

Es probable que los próximos años incluyan una competencia más intensa por el acceso y la influencia en el mundo en desarrollo entre China, por un lado, y Estados Unidos y sus aliados, por el otro. China se ha dedicado a comprar materias primas, vender bienes manufacturados e invertir en infraestructura, pero, por el momento, su contribución a la posibilidad de otros países de desarrollar su capacidad industrial y ascender por la *cadena de valor agregado* ha sido relativamente menor. Las democracias avanzadas, si quieren reducir su propia dependencia de China y contrarrestar los intentos de Beijing de posicionarse como líder y modelo del mundo en desarrollo, tendrán que encontrar maneras de hacer precisamente eso. Entre otros aspectos, esto implicaría trasladar parte de la enorme demanda que generan sus sociedades ricas desde el *este* hacia el *sur*, es decir, alejar esa demanda de China y acercarla a los países en desarrollo, preferentemente aquellos comprometidos con la democracia y la defensa de los valores liberales.